

individual soledad—, para romperse totalmente, al final, la equivalencia entre el destino del yo humano, frágil y perecedero, y la incesante eternidad del universo, que sigue siendo un prodigio, por dramático que resulte a nuestros ojos: «Y así comprenderemos que del día / permanece la luz, los hombres mueren». Son los versos con que concluye este libro de progresiva toma de conciencia sobre la condición humana, en una evolución natural y coherente.

En medio, un buen conjunto de poemas que representan el tránsito de la mañana a la noche, en espera de un alba que ha de venir, aunque tal vez nosotros ya no la veamos. Un libro sorprendente en sí mismo, al margen de la envidiable juventud de su autor.

Carlos Javier Morales

El mismo mar, Amos Oz, *Siruela*, Madrid, 2002, 280 pp.

El compromiso de Amos Oz, Jerusalén, 1939, Premio Israel de Literatura (1998), es ya un símbolo político en el largo proceso de paz en Oriente Medio.

Su biografía está jalonada de datos que explican su actual postura ideológica, a la vez que está sembrada de actos de reivindicación personal y política. Sus padres emi-

graron a Palestina procedentes de Lituania y Ucrania. De hecho Amos Oz nació en 1939 cuando Palestina se encontraba bajo mandato británico, pero tuvieron que transcurrir nueve años para la formación del Estado de Israel. El suicidio de su madre, cuando el escritor contaba sólo 12 años, le marcaría para siempre. Rebelde contra su familia por ser defensora de la derecha sionista más reaccionaria, cambió su apellido y se marchó a vivir a un kibutz en donde trabajó en el campo y en la enseñanza hasta que lo abandonó en 1986.

El mismo mar es una novela sobre la infelicidad contada desde distintas voces que se armonizan e interrelacionan a lo largo del relato y cuyos personajes, incluido el propio Amos Oz, se nutren entre sí. El autor de *Un descanso verdadero*, escribe desde una perspectiva fatalista y la certidumbre de que todo va «desintegrándose y desluciéndose», de que todo se desmorona y se desvanece en una lucha de contrarios: mar y desierto, fugacidad y permanencia, palidez y color, silencio y ruido, muerte y vida, proximidad y lejanía. Una visión pesimista, («el hombre ha nacido para la fatiga») que no olvida que «todos estamos solos».

Estamos a mediados de los 60, la amenaza de Nasser está en el aire y Tel Aviv será una ciudad «harapienta y sexy». Adjetivo sorprendente pero cargado de significado en la

siguiente declaración del novelista: «El Israel que aparece en los medios de comunicación es en un 80% soldados y colonos, en un 20% judíos ultraortodoxos y en 1% intelectuales maravillosos que critican al país.

El Israel de *El mismo mar*, es el Israel de la llanura costera, el de Tel Aviv, Haifa, Ashdod, Ashkelon, que nunca sale en las noticias, excepto cuando hay algún atentado suicida. Se trata de un país muy hedonista y materialista, muy mediterráneo, como París, Nápoles o Barcelona. Es donde viven cuatro de cada cinco israelíes. Jerusalén y los asentamientos son sólo una minoría». Una visión, por tanto, en la que Amos Oz apuesta por la vida.

Estructurada en capítulos, esta novela que entremezcla prosa y poesía, toma partido por esta última ya que la mayor parte de los capítulos son elaboradísimos poemas que contradicen los principios de la prosa narrativa, opuestos, como es

sabido, a las reglas que rigen en poesía. La apuesta por el poema como vehículo expresivo es clara y muy a propósito para proporcionar una visión más lírica, más aliviada del mundo, completamente alejada de los ruidosos fragores guerreros y que, por otro lado, encaja a la perfección con la siguiente afirmación del autor de *Una pantera en el sótano*: «en tiempos convulsos hay que escribir desde la tranquilidad». Ello no quiere decir que este hijo de la Intifada judía dude o tema hacer declaraciones respecto a lo que está sucediendo en su país.

Convencido de que estamos ante los últimos estertores del conflicto y de que la única solución es «el reconocimiento de dos naciones: la israelí y la palestina, con dos capitales en Jerusalén», nos ofrece una novela estilísticamente extraña que revela la inmensa capacidad de Amos Oz para poetizar situaciones conflictivas.

Milagros Sánchez Arnosi

El fondo de la maleta

La buena memoria

El escritor argentino Ernesto Schoo, a quien conocen los lectores de la revista, ha publicado sus memorias (*Cuadernos de la sombra*, Sudamericana, Buenos Aires). No ha elegido la estructura tónica temporal y lineal, sino que ha preferido una solución proustiana: ceder a las sugerencias caedizas, intermitentes y en principio sensoriales, de la remembranza. Una palabra, una esquina, un perfume, un sabor, una melodía, un retrato, desencadenan unas asociaciones que permiten ir hacia el pasado. Allí no hay, en principio, nada. El memorialista debe construir ese pasado, valiéndose, como en los casos de Proust y de su atento lector Schoo, de la mirada de un niño que reaviva la reflexión de un adulto.

¿Por qué se escriben memorias? Parte de la respuesta ya va formulada. Cabe agregar: porque es imprescindible sujetar el curso del tiempo con un autorretrato, siempre suma-

rio y parcial, que le dé estructura de relato o, al menos, nombre. Y algo más: porque, a pesar de su carácter público —todo libro se da a conocer— las memorias son siempre íntimas y confidenciales, una suerte de conversación de gabinete con el lector. De ahí su provecho histórico: de ahora en adelante, estos *Cuadernos* serán una parte imprescindible de la historia oficiosa y doméstica de Buenos Aires en la primera mitad del Novecientos. Sin ellos, esa balzaciana crónica se habría disuelto para siempre en el olvido.

Hay una mala memoria de la humanidad: la mentira que juega a ser amnesia. Y hay una buena memoria: la exploración del pasado que se convierte en sorpresa, ese asombro que es la calidad del arte verdadero. Lo que nos hace decir: «Pero si esto que me cuentas está allí desde siempre y si tú no me lo dices, no consigo saberlo».

Colaboradores

- ISABEL DE ARMAS: Crítica literaria española (Madrid).
RUBÉN BAREIRO SAGUIER: Escritor y diplomático paraguayo (París).
SUSANA CHÁVEZ-SILVERMAN: Crítica literaria argentina (Claremont).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor colombiano (Bogotá).
MILAGROS EZQUERRO: Crítica literaria y ensayista española (Montpellier).
CARLA FERNANDES: Crítica literaria (Toulouse).
MARIO GOLOBOFF: Escritor argentino (Buenos Aires).
J. M. LÓPEZ DE ABIADA: Crítico y ensayista español (Berna).
MAY LORENZO ALCALÁ: Escritora y diplomática argentina (Madrid).
JOSÉ AGUSTÍN MAHIEU: Crítico cinematográfico argentino (Madrid).
ÍTALO MANZI: Crítico cinematográfico argentino (París).
JESÚS MARCHAMALO GARCÍA: Escritor y periodista español (Madrid).
ENRIQUE MARINI PALMIERI: Crítico y ensayista paraguayo (París).
DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN: Escritor español (Córdoba).
CARLOS JAVIER MORALES: Escritor español (Madrid).
JAIME PRIEDE: Crítico literario español (Gijón).
FRANCISCO RUIZ SORIANO: Crítico literario español (Badalona).
MILAGROS SÁNCHEZ ARNOSI: Crítica literaria española (Madrid).
JUAN JOSÉ SEBRELI: Ensayista argentino (Buenos Aires).
AGUSTÍN SEGUÍ: Ensayista argentino (Sarrebück).
LOURDES ESPÍNOLA: Escritora y diplomática paraguaya (Madrid).
GUZMÁN URRERO PEÑA: Periodista y crítico español (Madrid).
GUSTAVO VALLE: Poeta y crítico venezolano (Madrid).
NILS WIEZELL: Arquitecto y crítico de arquitectura paraguayo (Asunción).